

MEMORIAS SUMERGIDAS II



Relatos de humedales al sur de Chile



Carla Marchant

Hugo Romero

Marian Lutzky

Isabel Guerrero

MEMORIAS SUMERGIDAS II RELATOS DE HUMEDALES AL SUR DE CHILE

© del texto e investigación: Carla Marchant Santiago, Hugo Romero Toledo,
Marian Lutzky Ribas, Isabel Guerrero Schiappacasse

© de las ilustraciones: Isabel Guerrero Schiappacasse

© Trafun Ediciones Ltda, 2025
Los Raulíes 426, Valdivia, Chile
www.trafunediciones.cl

Edición y dirección de arte: Isabel Guerrero Schiappacasse
Diseño y diagramación: Sebastián Alvear Chahuán
Asesoría de contenidos: Matías Riesco Salinas

Primera edición impresa, Enero 2025
ISBN: 978-956-09106-6-0

Todos los derechos reservados. Se autoriza la reproducción parcial o total citando las fuentes correspondientes.



MEMORIAS SUMERGIDAS II

Relatos de humedales al sur de Chile

Carla Marchant

Hugo Romero

Marian Lutzky

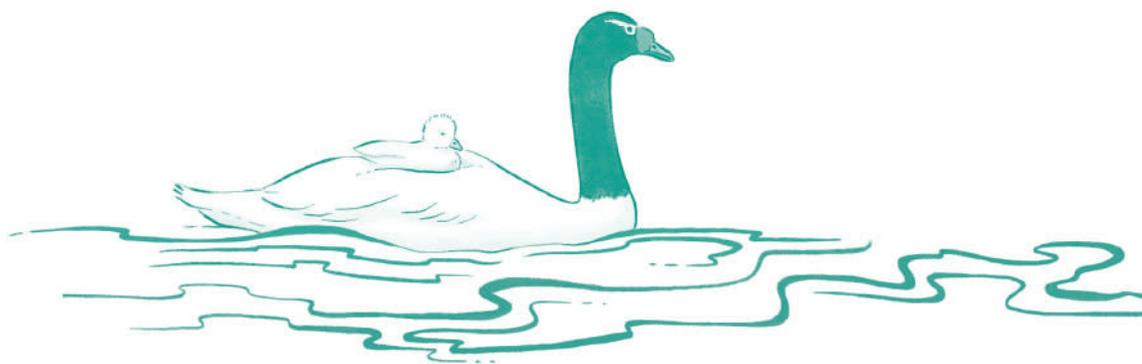
Isabel Guerrero





ÍNDICE

07	Introducción
08	Agradecimientos
11	Los hilos de la historia
15	Miedo al río
19	Los pasos de Ada
23	Cuando las papas corrieron
27	Fiesta en el barco
31	Todas tenían botes
35	Nadar de pie
39	Resistir el paisaje
43	El despertar de Angachilla
47	El murmullo del agua
48	Bibliografía



INTRODUCCIÓN

Hay historias que nos sumergen en el pasado, que nos permiten bucear sobre las capas que sostienen el presente. Este libro es una invitación a viajar en el tiempo a través de las voces de quienes han habitado un territorio y son testigos de sus cambios sociales y geográficos. Miramos un paisaje y, como en un negativo, a través de los relatos vivos de la gente, observamos los destellos de otra vida, que converge con la actual.

Desde el 2019, a través de diversas investigaciones, nos interesa indagar acerca de las transformaciones de los territorios de las comunas San José de la Mariquina y Valdivia. Nos ha impulsado una pregunta: ¿cómo eran estos paisajes de ríos y humedales en el pasado, y cómo han cambiado hasta llegar a la actualidad? Durante los últimos años hemos explorado la historia de los humedales, escarbamos en las crónicas de la época colonial, en libros de historia sobre Valdivia y sus alrededores, y hemos ido en reiteradas ocasiones a Pelchuquín, Tralcao, Cayumapu, San José, el Castillo San Luis del Alba, Ñipulli, Punucapa, Valdivia y Angachilla, para hablar con sus habitantes y conocer sus historias, pero también para escuchar lo que los ríos y humedales tienen para contarnos.

AGRADECIMIENTOS

Queremos agradecer al Fondo Conarte de la Corporación Cultural de la Ilustre Municipalidad de Valdivia por haber financiado la presente edición de este libro, al Servicio Nacional del Patrimonio Cultural del Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio por haber financiado el proyecto que dio origen a esta publicación, al Centro de Humedales Río Cruces por su apoyo constante y su trabajo por la conservación de los humedales de nuestra región, a la Ilustre Municipalidad de San José de la Marquina, especialmente a Karin Müller y a Matías Riesco, quienes han sido un gran apoyo para desarrollar este proyecto. Agradecemos a nuestros colegas Robinson Silva y Yerko Monje del Instituto de Historia y Ciencias Sociales de la Universidad Austral de Chile, por compartir su conocimiento para enriquecer este texto. En especial, queremos agradecer a quienes nos abrieron las puertas de sus casas, nos compartieron sus recuerdos y nos emocionaron, y nos contaron sobre sus esperanzas y luchas para la protección necesaria que estos lugares de altísimo valor histórico y ambiental requieren para seguir existiendo: Ana Villanueva, Angachilla; Francisco Jaime, Angachilla; Isolde Canales, Punucapa; Pedro Guerra, Tralcao; César Martín, Tralcao; Ada Bórquez, Pelchuquín; Edmundo González, Pelchuquín; Oclida Segovia, Cruces; Moisés Vásquez, Cruces; Patricia Chacón, Iñipulli; y Salustio Saldivia, San José de la Mariquina.

El equipo tras este libro está conformado por:

Carla Marchant Santiago, geógrafa, coordinadora de proyecto.

Hugo Romero Toledo, sociólogo, encargado de la investigación.

Matías Riesco Salinas, geógrafo, investigador.

Angélica Videla Oyarzo, cientista política, investigadora.

María Daniela Torres Alruiz, bióloga, investigadora.

Carolina Barría Cárdenas, antropóloga, asistente de investigación.

Marian Lutzky Ribas, escritora y docente.

Isabel Guerrero Schiappacasse, editora e ilustradora.

Esperamos que más gente se sume a esta hermosa tarea de revalorizar nuestros patrimonios.

Escucha el podcast *Memorias Sumergidas* en Spotify, escaneando el QR:

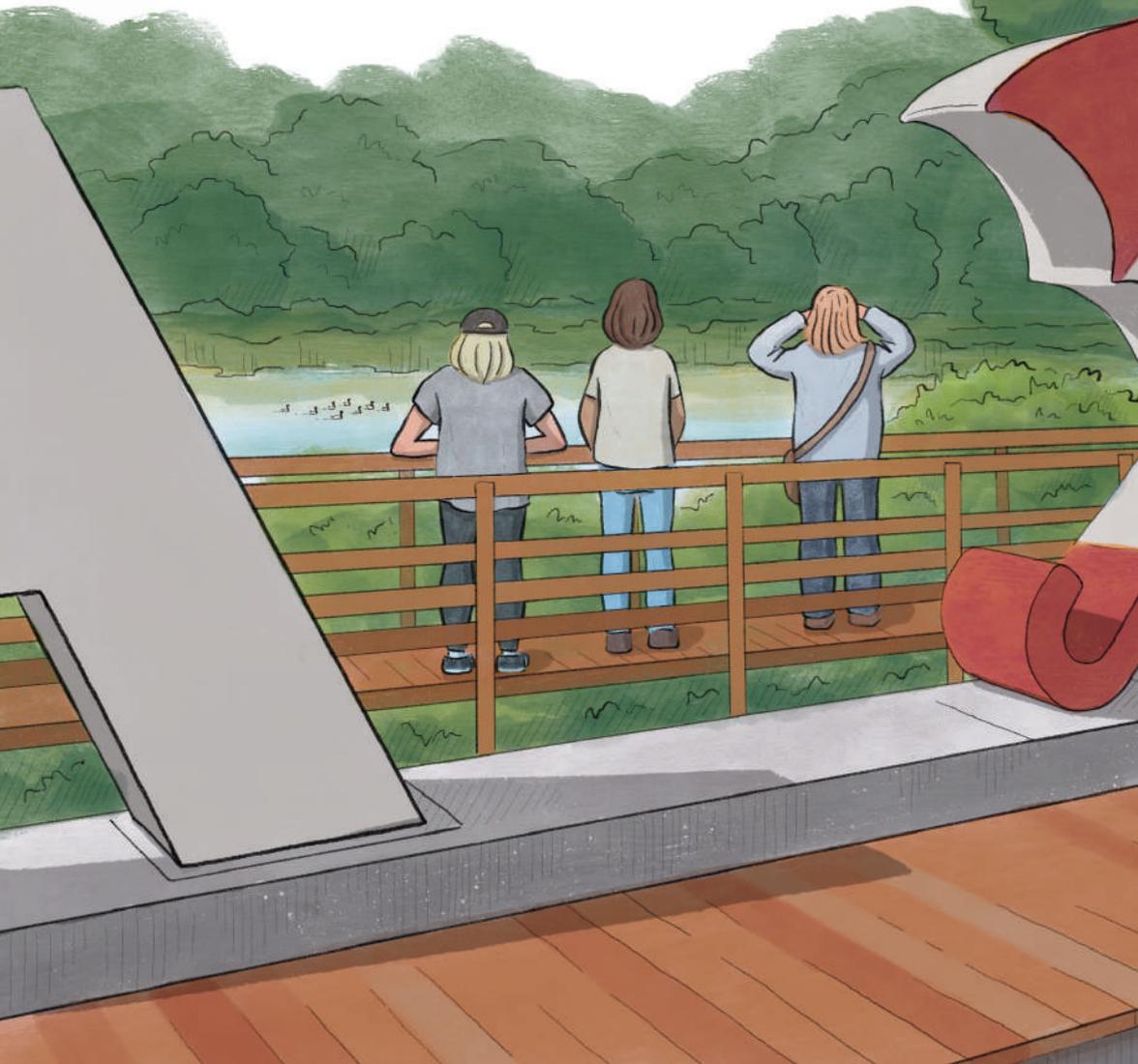




LOS HILOS DE LA HISTORIA

El sol del mediodía cae iluminándolo todo, como un rayo. Es un día perfecto para contemplar el humedal. Los turistas sacan fotos, conversamos con algunas personas que vienen desde lejos a conocer la frondosidad de estos bosques, sus ríos y sus colores. Estamos en un mirador de la ruta, entre las letras rojas y blancas de una ciudad nombrada y ocupada por los españoles hace ya casi quinientos años: Valdivia. Sobre el cielo, las aves vuelan alto, buscan comida, refugio, un buen lugar donde detenerse a descansar. Observamos el paisaje, nos envuelve un remolino de emociones, queremos descifrar los mensajes guardados por nuestros antepasados. Estamos aquí para investigar, conocer la identidad de este lugar. Bebemos agua a borbotones mientras el movimiento del río Cayumapu nos interroga ¿cómo eran estos paisajes hace más de cincuenta años? ¿Qué tanto ha cambiado? Las historias que conjugan el presente nos intrigan. Las preguntas, el deseo de entender el recorrido de las comunidades y los ecosistemas que les han dado vida, nos motivan a continuar. Sobre el río, las garzas y los cisnes dejan su estela. Los coigües se alimentan de la tierra y crecen, despavoridos, hacia arriba. La historia yace aquí, entre el caudal de sus aguas, sus minerales, su flora y fauna, entre toda su gente.

Somos varias personas en este viaje, quienes desde distintas disciplinas nos proponemos hilar la historia en torno al río Cruces y su territorio, a través del testimonio vivo de sus habitantes. Con mapa en mano, comenzamos la búsqueda de las personas que han vivido en las riberas de esta red de humedales durante gran parte de su vida. También de quienes, por interés histórico, la han investigado. Hacia Valdivia, Pelchuquín, Cruces, Punucapa, Ñipulli, Tralcao y Angachilla. Hacia allí vamos.







MIEDO AL RÍO

Sobre la inmigración alemana y la época industrial

Un cartel anuncia la entrada a Valdivia, nos recibe una gran afluencia de vehículos y los sonidos de una ciudad viva y estridente. Cruzamos el río Calle Calle, o *kallekalle*, nombre mapuche de la planta *Libertia chilensis* que crece en sus orillas, y avanzamos despacio a lo largo de una gran avenida llamada Ramón Picarte. Vemos por la ventana, entre el verde de una pequeña plaza, un antiguo Torreón aún erguido, que nos recuerda las fortificaciones defensivas de los españoles. Llegamos al Puente Pedro de Valdivia, atravesamos el río que lleva el nombre de la ciudad e inmediatamente nos esperan museos y parques del otro lado, incluso un gran humedal llamado Santa Inés que alberga patos y otros tantos animales. Estamos en Isla Teja, las historias abundan aquí y están llenas de misterios. Las calles tienen nombres de árboles, caminamos por Los Laureles hasta Los Pelúes, donde estacionamos el auto. Desde aquí avanzamos a pie, nos dirigimos a las ruinas de la zapatería Rudloff, que una vez fue un enorme complejo que abasteció a todo Chile de calzado. Allí nos espera Robinson, quien se ha dedicado a investigar

el pasado industrial de Valdivia que, a pesar de los años, resiste y deja huella en el paisaje. Junto al río y su cauce, nos cuenta historias sobre alemanes, industrias, comunidades y la vida fluvial de este lugar marcado por el agua y sus corrientes.

–Debemos saber que estamos en un territorio en disputa –nos cuenta Robinson–, habitado desde tiempos remotos por el pueblo mapuche. Lo que hoy se conoce como Valdivia y La Mariquina, ha sido escenario de la ocupación de españoles, holandeses y alemanes.

–¿Cuándo llegaron de Alemania? ¿Cómo fue esa gran inmigración? –pregunta Carolina.

Nos acomodamos entre las ruinas y nos disponemos a escuchar parte de la historia de esta ciudad.

La comunidad alemana comenzó a llegar al sur de Chile hacia mediados del siglo XIX, años después de la independencia de la corona española. Vinieron a colonizar la cuenca del lago Llanquihue y sus alrededores, apoyados por el naciente Estado chileno, que buscaba establecer y defender su soberanía en todo el territorio nacional. El diplomático y político Vicente Pérez Rosales fue el encargado de coordinar esta inmigración selectiva, en la que se buscaba atraer principalmente a profesionales y artesanos.

En aquella época, la situación de Valdivia era paupérrima. Cuenta el historiador, arquitecto y sacerdote Gabriel Guarda, que los terremotos de 1835 y 1837 afectaron mucho a la ciudad y que la nueva república no prestó atención al territorio sureño tras las guerras independentistas, hasta el plan de colonización europea con el que buscaron reactivar la zona. Así, los alemanes se desplegaron en un lugar azotado por la fuerza de la tierra y la pobreza. Llegaron con ideas liberales y progresistas e instalaron cervecerías, curtiembres, molinos, astilleros y muchos invirtieron de su capital para hacer crecer sus industrias. Isla Teja se transformó en uno de los principales polos industriales de la región. Los obreros vivían del otro lado del río, por lo que, para ir a trabajar, debían cruzar en bote y enfrentar sus corrientes. Día tras día.

Por ese entonces, se decía que el río estaba maldito. En invierno, las tormentas azotaban las pequeñas embarcaciones, se perdía el horizonte y varios naufragaban como marineros en alta mar. Iban a remo, no eran grandes distancias, pero el clima era hostil. Muchos no lograban volver y sus cuerpos desaparecían. El miedo al río fustigaba la imaginación de los niños que ideaban historias de dioses y monstruos. Los obreros temían del agua que los rodeaba como una serpiente y, sin embargo, todos los días remaban.

Pero hay otra versión, más factible, que incluye la industria de la cerveza y las grandes producciones de chicha en Isla Teja. Los obreros llegaban a sus trabajos, pero unos cuantos desaparecían al regresar tarde en la noche. Tanto en invierno como en verano, las quintas de recreo eran lugar de festejo y relajación luego de la jornada laboral. Allí bebían chicha, cerveza, cantaban y se divertían hasta tarde. Borrachos, y sin demasiada claridad, solían subirse en grupo a los botes para dirigirse a sus casas. Algunos no veían bien, no sabían lo que hacían, hacia dónde estaba la otra orilla. Entonces, caían. Morían ahogados.

A principios del siglo XX, algunos patrones comenzaron a valorar la necesidad de cambiar la relación que sus obreros tenían con el río, y ofrecieron espacios de ocio y entretenimiento en sus orillas, para que dejara de amedrentarlos el agua.

Robinson toma su mochila, se dirige hacia la Universidad a dictar una clase. Desde aquí pensamos en la gran cantidad de puentes que hemos cruzado en nuestras vidas, y en las historias que les anteceden. En el agua y sus misterios. Dejamos las ruinas atrás, sentimos la presencia de las personas que una vez estuvieron aquí fabricando los zapatos de quienes quizás pisaron este mismo sendero y perecieron navegando en el río.

Agradecemos a Robinson, un apasionado sobre el tema, y nos dirigimos a Pelchuquín, a escuchar la voz de una de las personas más antiguas del sector.



MAPA BASADO EN
UN MAPA DE 1953

LOS PASOS DE ADA

Travesías rurales en Nanihue y Pelchuquín

Aún llegaban exploradores al sur de América a buscar tierras donde asentarse y prosperar, los alemanes ya organizaban sus tertulias y las industrias crecían junto a los pobladores. Muy cerca de Valdivia, por esos mismos tiempos, vivían todavía, en pequeñas comunidades, personas dedicadas a cultivar la tierra y a la vida rural.

Ada nació en Nanihue, cerca de Pelchuquín, en 1929. Su descendencia lo puede certificar, ¡fue declarada la mujer con más hijos del sector! Es de baja estatura y posee un gran talento para caminar. Con y sin muletas, ha atravesado los parajes más remotos del territorio y los más agrestes. Si la miramos a contraluz veremos los vestigios de una historia larga que aquí nos permite contar, más o menos, como la imaginamos.

La escuela a la que asistía Ada cuando niña se llamaba La Misión y no estaba para nada cerca de su casa. Cuentan que la fundaron los Capuchinos en una de sus tantas misiones católicas. Ada debía recorrer largas distancias a pie, desde Nanihue a Pelchuquín, junto a su hermana, para llegar, a veces tarde, a estudiar. ¡Eran casi 3 kilómetros! Durante el camino saludaban a los paseantes, se subían a los árboles, y, en ocasiones, descubrían nuevas especies volando en el horizonte. Los vecinos les conversaban, les daban agua o alguna colación. Recogían a sus compañeros que las esperaban para continuar el recorrido. Tenían que llegar a las nueve de la mañana y su día escolar finalizaba a las cuatro, junto al atardecer. Al regresar, cansadas ya, ayudaban en la casa, en la huerta, con la leña y también hacían las tareas. Luego cenaban y a las ocho ya se iban a dormir totalmente abatidas por la jornada. Cuando Ada terminó la escuela y se casó, siguió caminando, su vida fue siempre afuera, entre bosques y fundos.

Ada solía ir a comprar cerezas, castañas, ovejas y corderos a la parcela de una familia mapuche que quedaba no muy lejos de su casa, había varias en el sector que ofrecían alimento y ganado. Recuerda que sus tías iban a los Nguillatunes o “juntas”, como les decían en ese tiempo, que reunían a muchísima gente. El machi se ubicaba al centro del grupo, junto al fogón, y pedía por el clima, las siembras y las cosechas.

Ada recuerda, ya siendo un poco más grande, un pequeño barco a vapor llamado Bartolo que salía de San Antonio, pequeño puerto al sur de Pelchuquín, y la llevaba a Valdivia en búsqueda de ciertos alimentos que difícilmente se conseguían en la pulpería del fundo en el que trabajaba. Debía salir de madrugada ya que el vapor partía a

las siete de la mañana, ¡caminaba 5 kilómetros para llegar!, debiendo atravesar pampas y lodazales. Usaba botas altas para hundirse más allá de las pantorrillas. Si se quedaba dormida, podía tomar el vapor que salía entre la una y las dos de la tarde, en Paico, y la dejaba como a las siete de la tarde en la ciudad. Cada vez que iba, solía quedarse unos días allí, ya que los horarios de los barcos eran reducidos y no navegaban diariamente.

Había otras embarcaciones también, como el Mercurio o el Venus. Allí, Ada solía quedarse en un camarote con mesas y mirar los paisajes, esos que asombraron a los españoles. En los barcos, la gente llevaba y traía cosas para vender. Ada repetía el viaje una o dos veces por cada estación del año. Comía, disfrutaba atravesar el río hasta llegar a la ciudad.

Ada nos recibe en su casa y nos cuenta estas y otras anécdotas a sus 97 años. Noventa y siete capas de historia.





EL DÍA EN QUE LAS PAPAS CORRIERON

Sobre el terremoto 1960

El día en que las papas corrieron fue el día del temblor, cuenta Ada mirando por la ventana. Por el aire y por el suelo se manifestaban descontrolados los tubérculos, sin destino aparente. Brotaban de la tierra, huían, las raíces se desprendían y emergían como bombas, disparos de cañón, esos mismos que los españoles utilizaron para defender una tierra que no era propia. La gente, en Pelchuquín, se escondió bajo un árbol, un ciruelo que aún no daba frutos. Ada vivía allí, entre los sembradíos. Pasaron varios días balanceándose sobre la tierra, observando a las papas correr, protegidos por una naturaleza móvil, esperando por el destino, conversando bajo el árbol con los vecinos.

El día del gran terremoto de 1960 era domingo, no había escuela y la gente descansaba, dormía la siesta. Fueron cerca de 10 minutos seguidos de desesperación, luego, la inminencia del desastre. Murieron más de dos mil personas a la vez ese día. La onda expansiva recorrió el Océano Pacífico por 15 horas, generando grandes olas que azotaron las playas de Rapa Nui, Hawai, Japón, Filipinas, California, Nueva Zelanda, Samoa y las islas Marquesas. El terror fue mundial. Se extendió por todo el planeta. Hay quienes afirman, con base en la ciencia, que se movió el eje de la tierra modificando la manera en que medimos el tiempo.

Los efectos del terremoto se hicieron sentir. El volcán Puyehue hizo erupción, dando cuenta de la magnitud del desastre. Se derrumbaron cerros, los tacos del río San Pedro bloquearon el cauce de aguas desde el Lago Riñihue hasta el mar. Era una bomba de tiempo que amenazaba con destruir todo a su paso. La gente lo sabía gracias a las crónicas de Pedro Mariño de Lobera sobre el gran terremoto de 1575. Temían lo peor. Por esta razón, comenzó la hazaña del Riñihuazo, donde los mismos pobladores lucharon por espacio de un mes para lograr liberar el flujo de las aguas al mar y evitar una catástrofe mayor.

Luego del terremoto, el terreno de Valdivia se hundió 2,7 metros. Muchos huertos se convirtieron en ríos o humedales. Las papas se salieron de la tierra y el cielo pareció caerse al mar. Los niños y las niñas ya no jugaban en las plazas, se fueron a otros pueblos a refugiarse de las enfermedades. Valdivia quedaba huérfana de infancias. Los barrios yacían derruidos y numerosas industrias perecieron bajo los escombros. Valdivia finalizaba su época dorada e industrial.

Sin embargo, la tierra se adapta, se reorganiza. Los cambios en el paisaje dieron lugar a la formación de una importante red de humedales que constituyen valiosos ecosistemas y albergan una gran diversidad de especies. También evitan inundaciones al absorber el agua de las caudalosas lluvias del sur.

Tomamos un último mate, las memorias de Ada nos estremecen y le agradecemos su apertura, ella hila la historia de este territorio como pocas personas. Nos subimos al auto, Carla se pone sus anteojos de sol y emprendemos viaje a los pueblos de Locuche y Cruces.





FIESTA EN EL BARCO

Memorias fluviales

La tierra había cambiado su piel luego del terremoto, como una serpiente. Se quedó quieta por un buen tiempo, descansando. Todo estaba ahí tirado, escombros listos para recogerse y volver a empezar. Luego de aquel evento natural, que provocó el hundimiento de las riberas del río Cruces, se formó un humedal de más de seis mil hectáreas que más adelante sería declarado Santuario de la Naturaleza.

Oclida tiene la edad del humedal del río Cruces, nació junto a él en 1960 y sabe de sus transformaciones. Sus antepasados habitaron la antigua villa del Cruces y han sembrado y trabajado estas tierras desde hace más de trescientos años. Oclida porta en su memoria el entramado histórico del territorio. Nos recibe amablemente en un patio hermoso y verde, cuya vegetación se eleva como si fueran las cabelleras de los dioses de la tierra, que serán testigos de los relatos y leyendas que, generosamente, Oclida nos cuente.

“Si bien estamos en Locuche como dice el cartel, somos orgullosos habitantes de Cruces”, afirma Oclida. El río es el hilo con el que teje sus memorias y construye su presente. Ella nos ayudará a entender un poco más este lugar, su vida y sus secretos.

Hace algunos años Oclida se bañaba en el humedal, pescaba y disfrutaba de la compañía de las garzas y las taguas como tantas otras personas. Solía observar la belleza de los pájaros carpinteros entre los árboles, que guarecían a todo tipo de aves. Había mucha gente que amaba este lugar y, sin embargo, vendió sus terrenos a las forestales. Recuerda surcar los ríos arriba de un barco a vapor muy especial, el Collico, que entre 1910 y 1980 navegó por los ríos valdivianos transportando leña, alimentos como trigo, y a muchísimos pasajeros. Los barcos se transformaron en centros de recreación en esa época. Ella se sentaba, a veces junto a la ventana, contemplaba los paisajes entre el tumulto de gente, como Ada. Locuche, Cruces, Santa María, Corcovado, Punucapa, hasta llegar a Valdivia. En invierno, con lluvia a bordo, se transformaba el viaje en un sueño. Oclida disfrutaba del vaivén y el sonido de las olas rompiendo en la proa. La Radio Austral daba los avisos y todos estaban atentos a la llegada de los barcos a vapor a la ciudad. La vida en los barcos era espectacular.

Las longanizas que su padre le preparaba eran lo mejor del viaje, las ponían a la caldera del vapor y las compartían con los vecinos, los pasajeros. Todos comían arriba del barco, se manchaban las poleras, algunos se mareaban. Luego alguien tomaba una guitarra, no faltaba el que sacaba un acordeón y la gente bailaba, traía chuicas de vino, de aquí para allá iban tomando chicha. Se entonaban y reían sin parar, estaban de fiesta. Las mujeres hacían empanadas y los niños jugaban a las escondidas.

–¡Qué entretenidas deben haber sido esas fiestas! –comenta Matías–
¿Y qué otras historias conoce sobre el lugar?

No muy lejos de este patio, se elevan las ruinas del Castillo San Luis de Alba. Oclida es parte una agrupación que busca rescatar el valor histórico del sector y articular a los diversos agentes turísticos y comerciales en torno a la fortificación, y nos cuenta sus leyendas.

Se cree que en el sector de Cuyinhue hay un túnel construido para comunicarse con la fortaleza española. Si bien no podemos respaldar esta información ni descartarla, hoy sabemos que lo que existió en Cuyinhue fue una bodega ubicada en un establecimiento industrial de la destilería de alcoholes de la familia Manns, justo en una ladera, a fines del siglo XIX.

–¡Cuántos secretos guarda la tierra en este lugar! –afirma Daniela.

–Había cementerios en torno al Castillo –exclama Oclida misteriosa–, dicen que el camino pasa muy cerca de ellos. Tal vez, aquí mismo, en este patio, habiten sus fantasmas.

Nos recorre una cálida brisa en medio de la conversación, contemplamos junto a ella el paisaje de un territorio que antes de las forestales había sido otro.

Oclida mira y sentencia con convicción: “Quiero que mis nietos sepan la historia de este lugar”.



TODAS TENÍAN BOTES

Historias de una tierra fértil

Punucapa nos recibe en una tarde soleada de verano. Su feria costumbrista está llena de turistas que buscan una buena sombra para comer anticuchos y empanadas. Vemos a una embarcación llegar al muelle, esta es una de las paradas en su recorrido fluvial por el río Cruces, el mismo por el que navegaban los mapuche en sus wampo, años atrás, cuando esta era una villa indígena. En ese entonces la vida giraba en torno a la ganadería y la agricultura, de ahí el nombre Punucapa, que significa “de muchas legumbres” en mapudungun. Luego llegaron los españoles, encandilados por el oro que encontraron en las entrañas de esta tierra fértil. Hoy ya no se extrae el mineral. Su tesoro son los frutos, especialmente las manzanas con las que se produce la famosa sidra del sector.

La naturaleza es generosa y la vida parece tranquila aquí, a pesar del ajetreo del verano. ¿Cuánto ha cambiado el paisaje y la manera de habitarlo en el último tiempo? Buscamos a alguien que nos pueda hablar de esto y llegamos a Isolde, una habitante histórica de Punucapa. Nació aquí hace más de 60 años, cuando todavía no había luz, cuando vivían con el chonchón, las velas y bebían agua de pozo. Su vida inició en el sector El Potrero junto a sus padres, quienes le trabajaban a unos gringos que, luego de diez años, vendieron todo y los dejaron sin nada, sin su siembra ni su hogar. Partieron, así, a vivir a una casa al centro de Punucapa, desde donde Isolde mira el río y habla.

Isolde nadaba entre los peces, cruzaba el río junto a sus amigos de un lado al otro sin sentir frío. Extraña la vida en el agua, los peces que se fueron. Antes, cuenta, salían a pescar merluza y los salmones eran gigantes. Aún, a pesar de los cambios, es lugar de campo y siembra. Hoy vive en el Colehual, en los márgenes de Punucapa, y es agricultora, tiene un invernadero. Trabaja en hierbas medicinales y cultiva un huerto grande donde siembra papas, arvejas, maíz y porotos. También tiene gallinas, cerezos y manzanas para las conservas. Aprendió todo de su madre, que trabajaba de sol a sol el oficio.

Antes no tenían luz y les encantaba ver las novelas en una televisión que funcionaba a batería. Se apagaba de repente, siempre en el momento más álgido de la historia. Justo cuando parecía que se besaban o que la protagonista se enteraba de algo terrible. A veces le daban unos golpes al aparato pero no servía de nada. Entonces, salían rápidamente en búsqueda del cargador que tenía una vecina en Cabo Blanco, que queda cerca, pero hay que cruzar el río Cruces. Buscaban el bote, los remos, y empezaba la aventura. Todo un día tardaban entre que iban y volvían. En el bote la pasaban bien, conversaban, se tiraban agua, imaginaban el desenlace de la historia.

Isolde vendía flores en Valdivia con su hermana: rododendro, ballica, siempreviva y después, en otras épocas del año, llevaban murta, manzana, cereza y frutilla, además de las legumbres. También, como tenían gallinas, vendían huevos. Se iban en bote a la ciudad con todos los productos.

Cuando había tormenta llevaban las cosas en nylon y cajas y debían parar en Cabo Blanco, donde la vecina, mientras escampaba. Los días de neblina en noviembre, cuando se cerraba el río y la marea los desorientaba, ¡no sabían para dónde ir! Quedaban los barcos flotando, casi a la deriva, hasta que escuchaban los gritos de otro bote y, sin ver nada, lo trataban de seguir. Todas tenían botes, chicos o grandes, todas vendían en Valdivia sus productos.

Isolde vive entre los sembradíos y observa el humedal del río Cruces, los animales y su vegetación. Está parada en la tierra móvil y divisa, a veces, al Venus, el vapor que el río hundió en el terremoto. Su popa, de repente, se atreve a salir. Isolde nos regala una deliciosa mermelada de ciruela de su propia cosecha mientras nos despedimos. Nos sacamos una foto frente al río para recordar estos paisajes. Hay una suave melodía que escuchamos, pareciera venir del agua, tal vez nos quiera revelar algo, pensamos.

—¿Hacia dónde vamos ahora? —pregunta Angélica.

—Nuestro próximo destino es Iñipulli —responde Carla.



NADAR DE PIE

Sobre la transformación de los paisajes

Los paisajes que poblaron Ada, Oclida e Isolde mudaron su piel. La nostalgia y el cariño por su tierra las envuelve en un baile de memorias deseosas de ser contadas. Ellas escriben con la voz, comparten la añoranza y el afecto por su río, como Patricia.

Patricia ha vivido aquí, en Iñipulli, toda su vida. Tiene poco más de 40 años y ha sido presidenta de la comunidad indígena del territorio. Cuando niña, criaba patos y gansos, antes de la llegada de la industria forestal, antes de la transformación. Tenemos la fortuna de escuchar su historia e imaginarla. Hoy viajamos junto a ella al pasado.

Patricia solía nadar en el río Cruces sin hacer pie. El agua era tan cristalina que, mientras lo hacía, podía ver en el fondo a los peces jugar. Cruzaba al otro lado del río con sus tías, a fuerza de brazadas, con tan solo 13 años. Saludaban desde abajo a los barcos que pasaban llenos de turistas, ¡hola! ¡hola! hacían con sus manos. ¡Patricia veía a los cisnes pataleando a su lado!

Se sumergía, lo más profundo, en medio del río, y cuando subía veía el reflejo del sol bajo el agua. Mientras tanto, las vacas lecheras eran llevadas a la orilla para beber, saciar su sed. El agua era pura, la usaban para cebar mate mientras se sentaban en unas reposeras a esperar. Las mujeres lavaban la ropa y las niñas ayudaban. Hasta que las forestales comenzaron a llegar, en la década de 1980.

Las industrias iniciaron sus cosechas en la cordillera occidental de la costa, primero con pinos y luego con eucaliptos, especies introducidas y de rápido crecimiento. Muchas personas del sector fueron contratadas para trabajarle a las forestales, luego vendieron sus terrenos y se fueron. “Quedaron los puros nostálgicos”, nos cuenta Patricia con tristeza. Las forestales hicieron caminos, asfaltaron para que pasaran sus camiones. Al principio, montaron todo un campamento, se necesitaban manos para sembrar y venían familias enteras en búsqueda de trabajo. Hoy han cambiado las cosas, con cinco obreros y una máquina siembran todo un monte con monocultivos. “¡Hay tantos árboles exóticos! y cada vez menos nativos”, afirma.

Mientras en Ñipulli se instalaban las industrias y se apoderaban del paisaje, paradójicamente, Chile avanzaba en políticas para resguardar a los humedales. En 1981, el humedal del río Cruces fue declarado Santuario de la Naturaleza y primer sitio Ramsar del país, categoría que reconoce a humedales de importancia internacional. Sin embargo, estos reconocimientos no bastaron para asegurar su protección. Las industrias continuaron explotando indiscriminadamente los recursos de este territorio, que es un ejemplo palpable de la contradicción entre devastación ambiental y conservación. Patricia se indigna, se nota el descontento en sus gestos, no obstante, persiste en la lucha por los derechos de la tierra, el agua y sus comunidades.

A principios del 2004, en las cercanías de San José de La Mariquina, comenzó a funcionar la planta de celulosa Arauco y Constitución (CELCO). Alimentada por extensas plantaciones de monocultivos, descargó sus efluentes, sus metales pesados, en el río Cruces. Tardó solo unos meses en iniciarse el

desastre ecológico. El humedal mostró cambios evidentes; el agua se puso turbia y el mal olor se hizo insostenible. Los cisnes de cuello negro disminuyeron drásticamente, algunos murieron y otros abandonaron el humedal. Desde la Corporación Nacional Forestal (CONAF), entidad encargada de la protección y vigilancia del Santuario, advirtieron que la disminución de los cisnes se relacionaba con la rápida desaparición del luchecillo, la planta acuática base de su dieta, que mostraba señales notorias de daño debido a los metales derramados por CELCO en el sector.

El desastre también afectó a otras especies como las taguas y distintos mamíferos acuáticos como el huillín y el coipo, ambos endémicos. La contaminación causada por la planta de celulosa dañó la calidad de las aguas que antes proyectaban su transparencia y luminosidad. Los turistas dejaron de llegar y, con esto, el desempleo también aumentó. La situación se expandía como una enorme nube oscura sobre la población.

Antes del daño ambiental, nos cuenta Patricia, ella nadaba de pie, flotaba y avanzaba con las corrientes, veía el fondo limpio, a sus pies moverse. Luego todo cambió, el paisaje se fracturó y contaminó a causa de la avaricia. Patricia no volvió a sumergirse en las aguas del Cruces, pero, a cambio, alzó la voz junto a más dirigentes y habitantes del territorio para defender el humedal. La memoria y las luchas populares lograron recuperar algo de lo que alguna vez fue. Antes de CELCO.

–Mucho cambió –afirma Patricia–, la vida cotidiana pasó a ser otra. Pese a ello, varios continuamos aquí, defendiendo este ecosistema.

Nos despedimos con un energético abrazo, Patricia ha sido de gran ayuda para entender cómo era la vida antes aquí y le agradecemos por sus relatos, por su lucha y resistencia. Carla se sube al auto, enciende la radio y nos mira. Nos dirigimos a Tralcao, dice con ímpetu, a escuchar a Pedro y César, que nos contarán un poco más sobre este desastre ambiental.



MANIFESTACIÓN
X LA

VIDA

SALVEMOS
EL HUMEDAL



TRABAJO + CONTAMINACIÓN



CELCO \$
MIENTE

STOP

RESISTIR EL PAISAJE

Sobre CELCO y la crisis ambiental

Pedro nos espera bajo la sombra de un hermoso cerezo. Nos cuenta orgulloso que este fruto es uno de los principales sustentos económicos de las familias de Tralcao, sin embargo, hubo un año en que debido a la contaminación de las aguas del río Cruces, peligró su cosecha, y muchos productores se vieron altamente perjudicados.

–Fue la planta de celulosa Arauco y Constitución –nos explica Pedro disgustado.

–La misma que causó que los turistas y lugareños dejaran de bañarse en sus aguas, como Patricia –comenta Angélica.

Pedro es el presidente de la comunidad Tralcao Mapu y de la Comunidad Humedal. Es quien, junto a otros dirigentes, con la fuerza de las demandas colectivas, defendió su tierra. “Perdieron sus sembradíos, las legumbres tardaron demasiado tiempo en volver a crecer después de CELCO”, declara. Pedro fue testigo de la huida de las aves. El ruido, la falta de peces y algas las obligó a migrar. Muchos cisnes murieron o escaparon en búsqueda de otros ecosistemas.

Su alimento, el luchecillo, ya no poblaba los ríos. Los paisajes mutaron, los turistas dejaron de pasar y muchas personas perdieron sus empleos. La identidad de aquel enorme humedal y sus habitantes estaba siendo amenazada.

El mal olor se propagó como la peste, cuenta Pedro. Los ciudadanos se movilizaron, desde La Mariquina, Lanco, Loncoche hasta Valdivia. Advirtieron a los responsables y a las autoridades, sin éxito. Las emisiones de la papelera contaminaron el aire y la salud de los habitantes se vio afectada. “Estábamos desesperados”, exclama. El pueblo salió en defensa del humedal, de sus paisajes y sus formas de vida, dispuestos a hacer valer sus derechos y los de la naturaleza. La identidad y la historia de sus habitantes estaba estrechamente vinculada a su paisaje y la empresa puso en riesgo su hogar.

Las comunidades indígenas como las de Tralcao jugaron un rol fundamental en la denuncia y resistencia frente a la contaminación de CELCO. Junto a otras organizaciones y movimientos ciudadanos como Acción por los Cisnes, dieron tempranamente, desde 2004, una lucha que tenía como fin la búsqueda de la verdad y justicia frente a quienes habían amenazado y dañado gravemente los equilibrios ecológicos y sociales en su territorio.

Años después, ya en 2014, un fallo de la justicia sentenció como culpable a CELCO del daño ambiental provocado en el río Cruces y su humedal. Pese a las medidas compensatorias que se llevaron a cabo, las comunidades persisten en que la herida no ha sido subsanada, saben que su río y humedal siguen siendo contaminados, “ya no es lo mismo de antes”, sentencia Pedro.

El desastre ecológico del Santuario de la Naturaleza del río Cruces contribuyó a la puesta en valor de los humedales, así como la acción ciudadana por su defensa empoderó a otras personas a luchar por sus territorios.

–El humedal significa vida –dice Pedro–, significa esperanza, agua, por eso aún seguimos defendiéndolo.

Ya no hay cerezas en el canasto y Pedro nos invita a cosechar algunas restantes antes de irnos, para compartir en nuestro camino hacia el puerto de Tralcao. Ahí nos espera César junto a un kayak. Él es presidente de la naciente agrupación de ecoturismo rural Lenfukuyen de Tralcao. Es un hombre joven que no olvida todo el daño causado por CELCO, está latente en sus recuerdos. Aún así, confía en que una nueva relación con el río es posible, se alegra al contarnos historias de sus abuelos sobre el lugar, las embarcaciones que navegaban por el río y el arcoíris de aves que se formaba en el humedal cuando era niño. Desde su agrupación tienen la esperanza de volver a mostrarle al mundo el rico patrimonio cultural y natural que sus ancestros le dejaron como herencia. A pesar de todo lo ocurrido, César sonrío y nos dice: “quiero mostrarle a la gente lo que me contaba mi abuela. Me encantaría que ella pudiese volver a navegar por las aguas que la vieron crecer”. Es un activo defensor del humedal y nos comenta de todas sus luchas por conservar y rescatar sus memorias.

César sube a su kayak, se despide desde el centro del río, lo vemos irse como si de un barco se tratase. La nostalgia de sus relatos nos deja pensando en la importancia de la memoria viva, la geografía humana, la manera en que las personas han hecho de los lugares un hogar.

–¿Hacia dónde nos dirigimos ahora? –pregunta Matías.

–Al humedal urbano más grande de Valdivia –responde Hugo mirando el mapa.



EL DESPERTAR DE ANGACHILLA

Sobre el humedal urbano Angachilla

Los humedales han sido parte del entorno valdiviano desde siempre, iluminando sus paisajes y resguardando a la ciudad de inundaciones, pero su significado ha cambiado con el tiempo y desde hace unos cuantos años se los ha comenzado a valorar por sus innumerables beneficios. Previo a la llegada de los españoles, la relación con el territorio era distinta, la población williche y lafkenche navegaba entre estos humedales y utilizaba las terrazas de inundación para cultivar alimentos. Al llegar los europeos e instalarse la República de Chile, sin embargo, no se les otorgó ese valor. Desde su perspectiva, frenaban el desarrollo urbano y eran fuentes de pestes y enfermedades, puesto que gran parte de los desechos de la ciudad eran vertidos en ellos. Por ello fueron drenados y hoy gran parte de los suelos valdivianos son rellenos artificiales de humedales.

En la actualidad, los humedales son ecosistemas en proceso de valorización. Desde la década de 1970 en adelante, se ha relevado su importancia en los ciclos ambientales y ecológicos. Los habitantes de Valdivia han sido pioneros en denunciar el daño que muchas industrias y actividades infringen en ellos. Si antes fue CELCO, hoy son las inmobiliarias las que han puesto en jaque los equilibrios ecológicos. La visión de sus ciudadanos empujó fuertemente el nacimiento de la Ley de Humedales Urbanos, en 2021, que se encarga de declarar a estos lugares como sujetos de protección legal ante rellenos y otras amenazas.

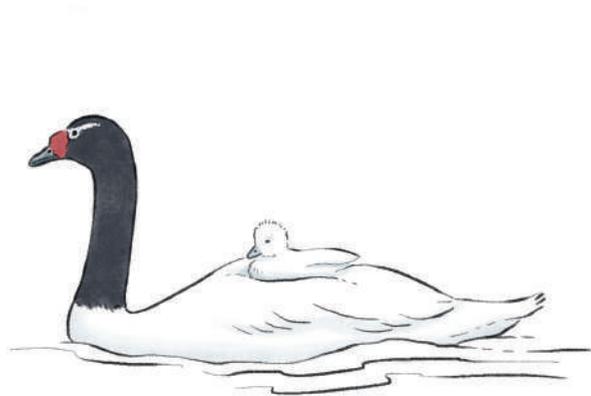
Hay un humedal muy particular que se yergue en medio de la ciudad de Valdivia como un gran pulmón verde. Su nombre, Angachilla, significa “tierra de zorros” en mapudungun. Allí vive Ana, nuestra última entrevistada. De carácter firme, nos habla –como Pedro, César y Patricia– del coraje de las luchas colectivas.

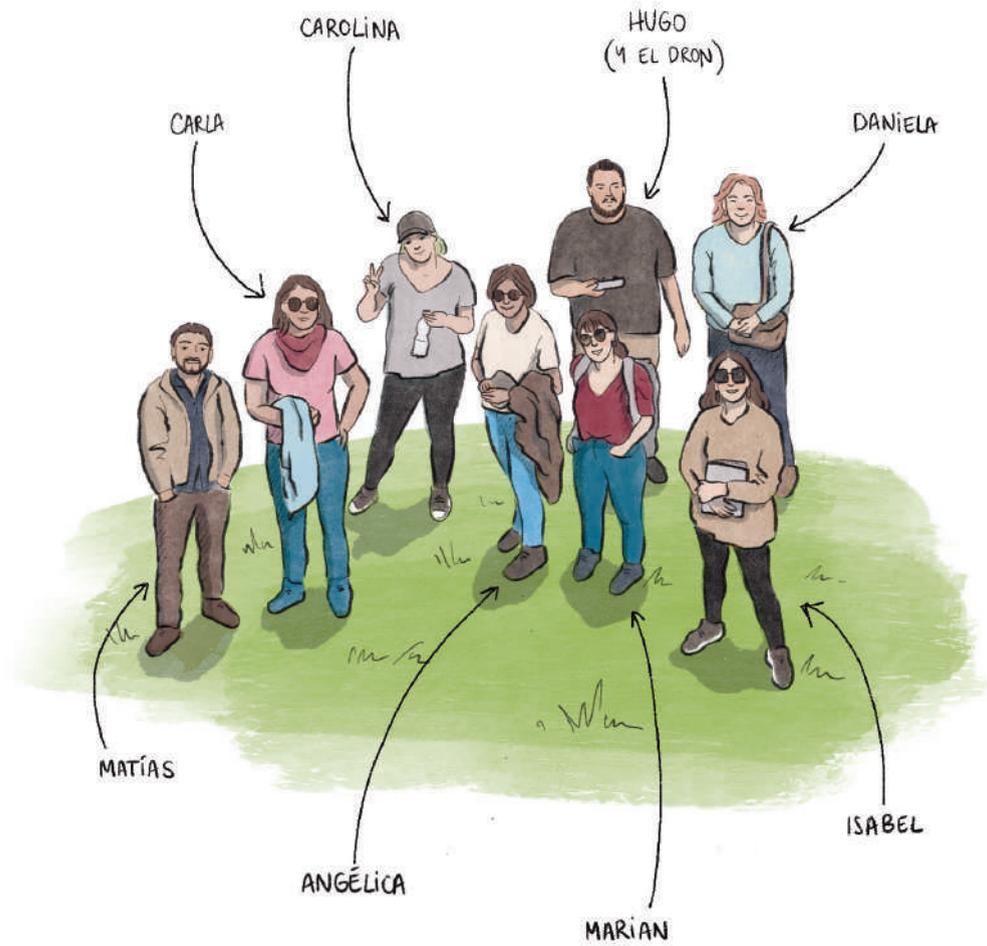
No hace mucho, comenta, las constructoras pisaban firmes el suelo móvil del humedal Angachilla, relleno de sus fauces con restos de materiales de construcción. Era un basural, y todos lo concibieron así durante un tiempo, lo llamaban vertedero clandestino, foco de enfermedades y peligros. Eso creían que era Angachilla. Ana comenzó cortando el pasto, quería cambiar el desolador paisaje que veía desde su ventana y la mirada que se tenía de su barrio. El pasto corto permitió ver al fin, con mayor claridad, aquella belleza que ofrecía el espacio. Ana podaba, y ante su persistencia, la gente se interesó, asombrada por el cambio. “Fue como abrir la ventana”, dice. Descubrieron plantas, ranas, animales, vegetación. Dejaron de temerle al río, al humedal. Otro paisaje era posible si se organizaban y cuidaban la biodiversidad que el terreno les regalaba, en comunidad. Antes de la poda, le tenían miedo al virus hanta, a las ratas, a la suciedad. Ana inspiró a los vecinos y muchos se sumaron a la limpieza con el fin de aportar a una nueva forma de vida. El bosque nativo, con su esplendor, se comenzó a apreciar con nitidez. Volvieron los cisnes, las totoras, la lenteja de agua. Las ranas, los coipos, los peces, hasta las grullas luego del trabajo colectivo de limpieza.

Ana se ríe, cuenta la historia con orgullo y con fiereza. Sabe que hay mucho trabajo por delante aún, que no hay que dejarse amedrentar y tener mucho cuidado. Hay pequeñas y grandes luchas que seguir dando, organizados como comunidad.

La lucha contra el vertedero y el cuidado de la biodiversidad que alberga el humedal Angachilla constituye un hito a partir del cual se han realizado múltiples actividades como jornadas de limpieza, plantación de árboles nativos, talleres de educación ambiental, arpilleras, reciclaje para niñas, niños y adultos, conciertos, e incluso un vivero intercultural.

–La naturaleza no tiene que ser el privilegio de unos pocos –declara Ana mientras nos despedimos– y para eso debemos organizarnos y levantar la voz.





EL MURMULLO DEL AGUA

Caminamos por la ribera de un inmenso humedal que respira hondo en medio de la ciudad y nos permite conectar con las aves y el olor a una frondosa y verde vegetación. Nos sentamos y observamos los colores pardos del atardecer. Nos ponemos las chaquetas, hace frío cuando desaparece el sol. Hacemos silencio. Las historias se guardan mejor en la espesura de este inmenso paisaje. Vemos cómo Ana camina hacia su casa y se eclipsa a la lejanía. Imaginamos a Pedro y César entre las cerezas de Tralcao y las fotografías de un río caudaloso por donde nadaban Patricia e Isolde junto a los turistas. Los vapores y las fiestas donde tal vez bailaron Ada y Oclida alguna vez, entre chicha, guitarra y cantos. Recordamos a las personas con sus gestos, sus inquietudes y sus deseos. Las formas en que habitaron el agua. Todas están aquí conversando, entre estos relatos que se conjugan en presente y viajan al pasado. No nos queremos ir. Traemos a la memoria una verdad que Pedro dijo en voz alta: “Un humedal es una casa. Y uno hace todo lo posible por mantenerla en pie”.

El agua parece murmurar algo, una invitación, tal vez, a seguir preguntando por su historia.

BIBLIOGRAFÍA

Los datos sobre la inmigración alemana y la época industrial se obtuvieron de:

Almonacid, Fabián (2013). *La industria valdiviana en su apogeo* (1870-1914). Valdivia: Ediciones UACH.

Bernedo Pinto, Patricio (1999). Los industriales alemanes de Valdivia, 1850-1914. *Historia*, 32(1), 5–42.

Para más información del terremoto de 1960 sugerimos consultar:

Rojas Hoppe, Carlos (2018). *Valdivia 1960: Entre aguas y escombros*. Valdivia: Ediciones UACH.

Para saber más del humedal del Río Cruces y sus transformaciones, recomendamos:

Pilquimán, Marisela; Skewes, Juan Carlos; Guerra, Debbie Elena & Henríquez, Christian (2016). Culturas originarias y turismo comunitario: Espacios interdisciplinarios e interculturales para la revitalización del patrimonio en el mundo Mapuche (Tralcao sur de Chile). *Gestión Turística*, (26), 7-20.

Jaramillo, Eduardo; Pino, Mario; Rovira, Adriano; Núñez, José; Paredes, Enrique; Enríquez, Ricardo; Espinoza, Angelo; et al. (2015). *Programa de diagnóstico ambiental del humedal del Río Cruces y sus ríos tributarios 2014-2015*. Informe.

Para comprender y contextualizar la crisis ambiental tras la irrupción de CELCO, utilizamos como referencia:

Escaida, José; Jaramillo, Eduardo; Amtmann, Carlos & Lagos, Nelson (2014). Crisis socioambiental: *el humedal del Río Cruces y el Cisne de Cuello Negro*. Valdivia: Ediciones UACH.

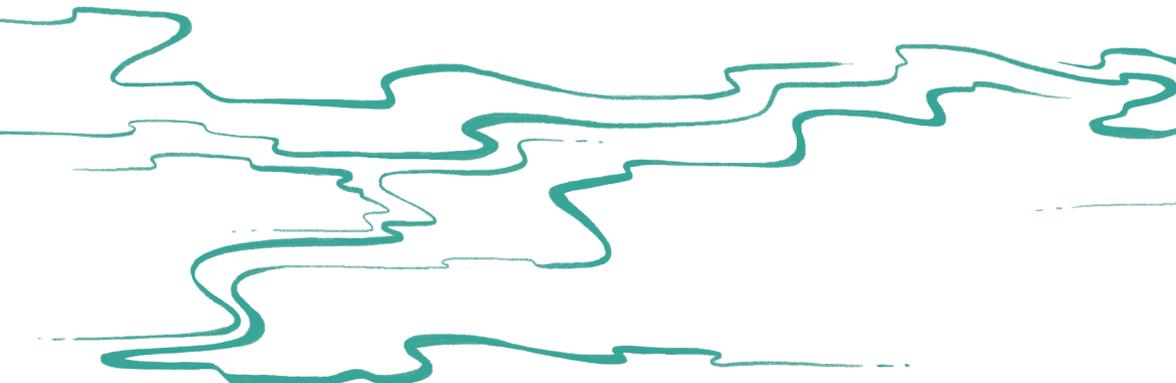
Blanco-Wells, Gustavo & Iriarte, Pablo (2024). Ecologías dañadas y enemigos inesperados: Una historia sobre cisnes de cuello negro, movimientos sociales y lobos marinos en el sur de Chile. *Historia Ambiental Latinoamericana y Caribeña (HALAC) Revista de la Solcha*, 14(3), 210–226.

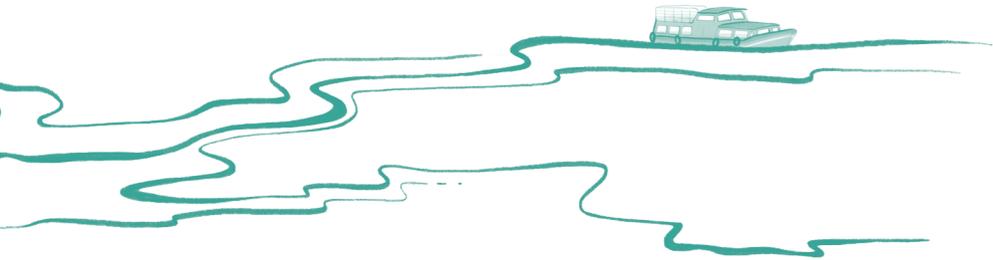
Sepúlveda, Claudia & Bettati, Bruno (2005). El desastre ecológico del Santuario del Río Cruces: Trizadura institucional y retroceso democrático. *Revista Ambiente y Desarrollo*, 20(3)-21(1), 62-68.

Para conocer mejor el desarrollo de la acción colectiva en torno al humedal Angachilla, sugerimos consultar:

Skewes, Juan Carlos; Rehbein, Rodrigo & Mancilla, Claudia (2012). Ciudadanía y sustentabilidad ambiental en la ciudad: La recuperación del humedal Angachilla y la organización local en la Villa Claro de Luna, Valdivia, Chile. *EURE (Santiago)*, 38(113), 127-145.

Luque, C. S., Sutulov, M. L., Pérez, S. R., Guerra, F., Rodríguez, C. M., & Pino, A. (2018). De la invisibilidad a la multiplicidad: Movilizaciones, ontologías e imaginarios urbanos en torno a la defensa de los humedales de Valdivia. *Revista Austral de Ciencias Sociales*, (35), 5–28.





CCM
CONARTE
2024

PROYECTO FINANCIADO POR FONDO
CONARTE CONVOCATORIA 2024 DE
LA CORPORACIÓN CULTURAL DE LA
ILUSTRE MUNICIPALIDAD DE VALDIVIA
LÍNEA PATRIMONIO



CORPORACIÓN CULTURAL
MUNICIPAL VALDIVIA



1 MUNICIPALIDAD
VALDIVIA

CONTIGO
Valdivia
sí puede

A través de estos relatos, como en un conjuro propio de nuestra especie, haremos vibrar el agua que reviste los ríos y humedales de San José de la Mariquina y Valdivia, y observaremos los vestigios de un pasado donde los barcos transportaban flores y frutos, las personas cantaban y festejaban sus cosechas, donde se cebaba el agua para el mate en sus orillas. Pero también, veremos temblar la tierra y despojarla de sus raíces en lo que fue uno de los terremotos más grandes del mundo. La palabra viva de sus habitantes y la generosidad de sus historias habita en este libro, lleno de pasado. Sus relatos son una manera de velar por el futuro y mantener la historia viva.

